

---

## La identidad masculina

**P**ublicado en Francia en 1992 y traducido al castellano al año siguiente, *"XY. La identidad masculina"* de Elisabeth Badinter, nos propone un provocativo análisis de masculinidad a la luz de las actuales polémicas sobre las identidades y las relaciones de género.

Autora de *¿Existe el instinto maternal?* (Barcelona, 1991), Badinter realiza ahora una exhaustiva exploración de lo masculino, desmitificando al hombre como paradigma de la humanidad para hacerlo visible en sus reales dimensiones de sujeto en transformación.

Partiendo del hecho de que la masculinidad experimenta, desde hace tres décadas, la pérdida de sus evidencias milenarias, en una de sus más profundas crisis, Badinter se introduce en las debilidades de quienes hasta ahora han detentado la imagen de "fuertes y dominantes".

La evidencia cromosómica "x" "y" no es suficiente para que se reconozca socialmente a un hombre. "Ser hombre" implica un trabajo adicional exigido constantemente por los propios hombres y quienes lo rodean como un: "demuestra que eres hombre".

Deber, pruebas, demostraciones son palabras que nos confirman la existencia de una verdadera carrera para hacerse hombre. "La virilidad no se otorga, se construye, se fabrica", dice la autora.

Los estudios sobre las mujeres (y más recientemente sobre los hombres) evidencian que la clase social, la edad, la raza o la preferencia sexual, se han convertido en factores de diferenciación de las identidades genéricas, donde cada vez es más necesario hablar de feminidades, así como de masculinidades.

Pero el reconocimiento de esta diversidad de identidades no puede ocultarnos la comunidad de características y los pactos entre los hombres. El feminismo occidental se ha encargado de comenzar a romper las barreras ancestrales que colocaban a las mujeres en desventajas de vida, mostrando así al hombre desnudo. Las mujeres "al poner punto y aparte en la distinción de papeles, incorporándose en aquellos territorios hasta entonces reservados a los hombres, han provocado el desvanecimiento de la característica universal masculina: la superioridad del hombre sobre la mujer".

La comprensión de la actual polémica de la masculinidad y de las identidades de género se opone a dos corrientes feministas que defienden la igualdad de los sexos:

una conocida como feminismo o diferencialista o de la diferencia, basada en el dualismo esencialista de los géneros y la diferencia biológica irreductible entre los sexos; la otra corriente es del feminismo constructivista o de la igualdad, basada en la similitud de los sexos y en la existencia de infinidad de géneros humanos.

En esta última corriente, la masculinidad no constituye una esencia, sino una ideología que tiende a justificar la dominación masculina. Por lo mismo es cambiante, subsistiendo hasta ahora el poder que el hombre ejerce sobre la mujer. La masculinidad se aprende, se construye y, por lo tanto, se puede cambiar. Los más radicales plantearán que el género masculino no existe, que es una invención (Marc Chabot), y piden el fin de la masculinidad (John Stoltenberg) o abogan por el estallido del dualismo de los géneros (Judith Butler).

En lo que sí parece haber consenso es en detectar que actualmente hay elementos suficientes para hablar de una nueva crisis de la masculinidad dominante. Las anteriores crisis, durante los siglos XVII y XVIII en Francia e Inglaterra, afectaron principalmente a las clases dominantes; el malestar masculino más extenso y profundo se dio a partir de finales del siglo XIX, y encontró posteriormente vías de

escape en las dos guerras mundiales. Esta crisis ha vuelto a estallar a partir de los años sesenta y se encuentra en pleno apogeo.

El *cowboy*, Tarzán y posteriormente Rambo y Terminator y demás héroes-modelos, no son más que una sublimación irreal de una masculinidad que da pánico perder, en una realidad social donde cada vez es más difícil ostentarla.

Hay bastantes motivos, dice Baudrillard, para provocar el vértigo entre los jóvenes que deben enfrentar dos escollos: "no ser suficientemente macho o serlo demasiado".

Para comprender esta crisis, la autora nos propone examinar el proceso mismo de adquisición de la masculinidad, cuya realización plantea una serie de dificultades.

Nacido de una mujer y criado por ella, el niño macho está condenado a marcar diferencias, existiendo sólo por oposición a su madre y a su femineidad. Así, durante la mayor parte de su vida tendrá que convencerse y convencer a los demás de tres cosas: que no es una mujer, que no es un bebé y que no es homosexual. Este constante esfuerzo por diferenciarse acompaña la existencia de los hombres desde el embrión (primariamente femenino) hasta su muerte.

Esto explicaría en gran parte la fragilidad, la vulnerabilidad y el

carácter secundario de la masculinidad, manifestada en las mayores dificultades que tiene para sobrevivir el embrión y el niño, y en una media de vida casi ocho años menor que la de las mujeres, así como en el predominio de trastornos psiquiátricos y "perversiones" como el fetichismo, el travestismo y el transexualismo.

No basta con ser "x" "y" y poseer un pene funcional para sentirse hombre. La primera etapa de la diferenciación masculina empieza con "x" "y" sigue con la mirada de los padres; luego, seguirá una segunda etapa de larga lucha por demostrar que se es "un hombre".

La separación de la fusión originaria y la diferenciación de la madre será una ardua tarea que tendrá que realizar el niño, más difícil cuanto más larga e íntima sea la relación madre-hijo y cuanto más lejos esté el padre de interrumpir dicha simbiosis.

Así, la interiorización de la masculinidad se constituye en una protesta contra la pasividad y la impotencia del recién nacido, lo cual lleva a los hombres a monopolizar la actividad y reprimir toda expresión de pasividad y feminidad.

La masculinidad, desde la infancia hasta la edad adulta, constituye mucho más una reacción y una protesta que una adhesión,

nos revela Badinter. Protesta que se dirige primeramente hacia la madre, diciéndole: "no soy ella"; "no soy como ella"; "estoy en contra de ella".

La creencia en el "instinto maternal" de las mujeres y la imposibilidad social de experimentar sentimientos de afecto y cuidados por parte del hombre para con sus hijos, hacen de la relación madre-hijo una pesada carga que condiciona al niño varón su identidad masculina y sus futuras relaciones con las mujeres.

La inevitable identificación del niño con sus pares masculinos es una condición para que la separación de la madre se lleve realmente a efecto. Numerosos ritos masculinos de pubertad en diversas culturas, dan cuenta de esta necesidad de separar a los hombres del mundo femenino para que logren una "auténtica identificación" con los demás hombres y con la masculinidad dominante. Los contactos íntimos entre hombres y una cierta "pedagogía homosexual" son parte de la transmisión de la virilidad y la heterosexualidad adulta. Las subculturas de los grupos de pares entre los adolescentes hombres (como son las bandas, los *boy-scouts* y los equipos deportivos, en muchas sociedades urbanas actuales), son una forma importante de afirmar la vi-

rilidad contra el universo materno y las fuerzas de la feminización.

Badinter incursiona también en la heterosexualidad como una característica de la identidad masculina, como un hecho que ha sido considerado natural a todo hombre que se reconozca como tal en las sociedades patriarcales. Por ello, analiza el surgimiento de la homosexualidad como una forma de clasificar y controlar conductas que históricamente siempre han existido. Los *Gay's Studies* han contribuido a la crítica de las instituciones masculinas heterosexistas y a los privilegios de los machos. Ser hombre significa, entre otras cosas, no ser homosexual, y esta homofobia impide toda posibilidad de erotismo masculino y de contacto corporal entre padre e hijo.

Un hombre enfermo y mutilado, incapaz de conciliar su herencia materna y paterna, ha sido parido por la sociedad patriarcal, fenómeno que se ha radicalizado en las sociedades industriales de padres alejados y ausentes.

Los *Men's Studies* han destacado esta escisión en los hombres y la negación de la bisexualidad interior. El odio hacia lo femenino genera y refuerza el dualismo sexual y la represión de una parte de sí mismos, sembrando las bases de la misoginia.

A esta negación, la autora agrega "la censura de una virilidad im-

pugnada" (macho=mal) que el feminismo ha difundido a partir de los años ochenta. Esto ha generado una pérdida de identidad para toda una generación de hombres que se debaten entre "la mutilación de su feminidad o la mutilación de su virilidad", entre el "hombre duro": machista e irreconciliado con los valores maternos y el "hombre blando": falto de una "virilidad efectiva", educados por sus madres y por "padres que faltan", carecen de seguridad y de una identificación positiva con la imagen masculina.

La tercera vía propuesta por Badinter como salida a esta nueva y profunda crisis de la masculinidad, es la del "hombre reconciliado", aquel que "ha sabido reunir padre y madre y que ha devenido hombre sin herir la feminidad materna".

Este hombre será posible con el advenimiento de la androginia, entendida no como la feminización de los machos, ni la simultaneidad fusionada de lo masculino y femenino, ni como una neutralidad genérica; sino como la culminación de un proceso de adquisición de la identidad de género. Los hombres la lograrán una vez que adquieran su identidad masculina, para ir al encuentro de su feminidad interior, y culminar en la posibilidad de jugar y alternar con

elementos complementarios según la situación lo requiera: el hombre que es capaz de ser "femenino con su bebé y viril con un niño mayor; maternal y jugador de rugby".

Esto sólo se logrará a partir de una "gran revolución paterna que exige un cambio radical en las mentalidades y las condiciones de la vida cotidiana". Se trata de la maternización del hombre, que logra conectarse con su feminidad primera y aprender a jugar con su bisexualidad, aceptando su propia homosexualidad latente. Ha llegado el momento, dice la autora, "de que se le permita al padre lo que se ha permitido a la madre toda la vida...".

Implica la participación del padre en la crianza de los hijos en un rol de padre/madre o madre masculina, para luego "movilizar toda su virilidad para transmitirla a su hijo" y evolucionar hacia "el padre/mentor". La masculinidad, entonces, no se organizará en torno a la radical diferenciación de lo femenino y maternal, sino en torno a "sutiles diferencias, igualmente esenciales para el mañana que las que ayer se engloban en el dualismo oposicional".

Para esto deben darse condiciones donde los gobiernos comprendan "que una mujer vale tan-

to como un hombre y que un padre vale lo mismo que una madre". También pasa por que las mujeres permitan que sus compañeros se involucren y se ocupen de sus hijos, compartiendo el poder, que a costa de cansancio físico y psíquico, les ha dado la maternidad. Sin embargo, advierte la autora, no se trata de hacer a los hombres "víctimas de las mujeres que no los dejan ser padres", pues sólo en una pequeña minoría están dispuestos a hacer "un poco más", mientras que una gran mayoría no quiere ceder los privilegios que el "hombre duro" les proporciona, pero que al mismo tiempo les impide darse la oportunidad de ser padres maternos.

El hombre reconciliado no surgirá de un día para otro, pues deberá realizar una profunda transformación de su identidad que implica un "peligroso triple salto: el cuestionamiento de una virilidad ancestral, la aceptación de una feminidad temida y la invención de otra masculinidad compatible con ella".

Eduardo Liendo

Elisabeth Badinter, *XY. La identidad masculina*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, trad. de Monserrat Casals, 254 pp.